Opinión

LA TRIBUNA

Campos de concentración en Europa

Isidoro Moreno
Catedrático de Antropología de la Universidad de Sevilla

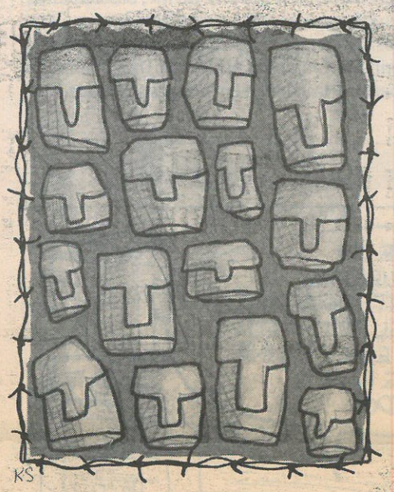
EN un artículo publicado hace pocos días en *El País*, Soledad Gallego-Díaz escribía que uno de los argumentos más utilizados por la derecha es que la mejor manera de que no haya racismo es echar a los negros. Y añadía que la izquierda ha descubierto esta idea y empieza a utilizarla "con la desvergüenza de pretender presentarla como un avance en defensa de los derechos de los inmigrantes irregulares".

Estoy plenamente de acuerdo con ella. Hasta ahora, en España, los actuales Centros de Internamiento de Extranjeros (CIE) venían siendo denunciados por sus condiciones infrahumanas y, sobre todo, por ser incompatibles con el Estado de Derecho: en ellos, personas que no han cometido delito alguno sino sólo una falta administrativa (la de carecer de documentos en regla) se encuentran "retenidos" –una figura inexistente legalmente– hasta cuarenta días para proceder a su repatriación.

La Directiva sobre el Retorno, que intenta establecer una política común de los 27 estados de la UE y que se aprobará pronto, una vez superadas algunas dificultades que impidieron hacerlo la primera vez, posibilita la ampliación hasta año y medio del límite temporal de esas "retenciones" y las extiende a los menores de edad. Incluso antes de aprobarse, ya ha declarado aquí Rubalcaba que el Gobierno español va a ampliar (¿en una primera fase?) un 50% los días de *retención*. Volverán, pues, en todo el territorio de la UE, los campos de concentración, ahora para almacenar a todos aquellos inmigrantes que los estados europeos se nieguen a regularizar y sea complicado expulsarlos rápidamente a sus lugares de origen.

Al eliminar la citada directiva la exigencia de resolución judicial para las órdenes de expulsión, bastará para ello una simple decisión administrativa (policial), con lo que se sitúa el tema de la "lucha contra la inmigración ilegal" en el mismo ámbito que la "lucha contra el terrorismo internacional": en una dimensión donde las garantías jurídicas son inexistentes y caben Guantánamos donde se tortura a prisioneros contra los que no existen acusaciones concretas y campos de concentración donde miles de hombres, mujeres y niños, sin haber cometido delito alguno, van a ser "presionados psicológicamente" para que colaboren en su propia expulsión, tal como ha manifestado el portavoz del PP Europeo, Manfred Webber.

La ignominia de la directiva que va a aprobar la UE se considera imprescindible para contener la 'avalancha exterior' y para prevenir el avance de la ultraderecha, aunque sea asumiendo sus postulados



Esta ignominia, perpetrada por quienes siguen hablando de Europa como bastión de las libertades y de la democracia, e incluso crean Ministerios para la Igualdad, es considerada imprescindible para defender la fortaleza europea de lo que denominan *avalancha exterior* y para prevenir el avance de la ultraderecha, aunque sea por el procedimiento de hacerla innecesaria asumiendo sus postulados más duros. Está siendo asumida como política común por países tanto con gobiernos de derecha como de izquierda (?) y, entre nosotros, parece que va a constituir parte esencial de las políticas de Estado en que van a converger PSOE y PP.

Todo este retroceso de derechos se produce coincidiendo con la crisis alimentaria que asola a decenas de países africanos, asiáticos y latinoamericanos, debida al espectacular alza de precios de los productos básicos del que son principales responsables la destrucción de las economías locales por la invasión de productos subvencionados por los países del Norte y la dedicación de buena parte de esos alimentos, como soja, maíz y otros, a fabricar biocombustibles que son más baratos que el petróleo. Si, como ha declarado el propio presidente del Banco Mundial, los altos precios van a mantenerse al menos hasta el 2015, no es aventurado prever una acentuación de las hambrunas y, como consecuencia, de las migraciones por razones de supervivencia. Pero como muchos de esos migrantes forzados "no nos hacen falta", sobre todo en época de desaceleración económica, Europa se prepara para impedir su entrada y para expulsar sin contemplaciones a quienes logren superar la creciente militarización de sus fronteras.

Sin embargo, mientras no se den las condiciones para que miles de millones de seres humanos que ahora no lo tienen puedan ejercer el derecho a no emigrar –y ello es incompatible con el avance de la globalización mercantilista y con el *orden* mundial actual– no existe legitimidad ética para oponerse a que sean ciudadanos en el Norte aquellos a quienes obligamos a dejar el Sur, pero luego no admitimos ni regularizamos. En cualquier caso, ningún ser humano, en ninguna circunstancia, puede ser despojado de ninguno de sus derechos como tal ser humano. Este es el consenso básico que debemos exigir a todos los gobiernos y actores sociales. Fuera de él, todo es ignominia.

RELOJ DE SOL

Joaquín Pérez-Azaustre

El regreso de Indy

ERA el héroe judío, el nuevo Salomón pasado por el filtro de Rick Blaine. Indiana Jones, esa mezcla explosiva de Doc Savage y de la tradición hebrea, era el pulso perdido de la Historia que el cine había invertido frente a Hitler. Las novelas de Doc Savage, que leyera en su infancia Caballero Bonald, sirvieron de modelo visual para la plasticidad del personaje, pero también los seriales radiofónicos de la RKO, tan vitales en la formación del director Alex de la Iglesia. Es imprescindible recrear el tejido del héroe para escribir un poemario como Descrédito del héroe, y por eso Caballero no sólo leía a Doc Savage, sino también los cómics del mago Mandrake o las aventuras interestelares del antiguo atleta norteamericano, luego convertido en aventurero galáctico, conocido en las praderas salvajes del planeta Mongo como Flash Gordon, El Libertador. Algo tiene, de todo este amasijo popular, el incombustible Indiana Jones: el prestigio cobrizo de Savage, el estilismo mágico de Mandrake y el dinamismo visual, deportivo y risueño de Flash Gordon, proyectado en nuestro imaginario, gracias al cine de aventuras canónico, en el eco primero de Errol Flynn.

Indiana Jones, en realidad, es El Libertador. No sólo por liberarnos, todavía, del tedio nebuloso de estos días, de la ausencia del cine de aventuras, de la aventura misma de la vida en esta turbamulta de internet, sino por encarnar, su pura esencia, al héroe que una vez hubiera deseado Spielberg para el pueblo, para su mismo pueblo, para los hijos de Judá. Cuenta Fernando Trueba que una vez le preguntó a Billy Wilder acerca de su fascinación por La lista de Schindler, porque el director de Sunset Boulevard la había visto cuatro veces. Wilder, que había perdido a su madre y a su abuela por el exterminio nazi, le respondió: "Fernando, hace más de medio siglo que perdí a mi madre. Y todos estos años he estado intentando encontrarla o saber algo de ella. Cada vez que veo esa película, la busco entre los extras". Steven Spielberg, después de tantos años, mientras ya calibraba en su interior la posibilidad de esta película, se imaginó un héroe con un punto de cinismo a lo canalla, muy Rick Blaine en Casablanca, pero también, al igual que Rick Blaine, con un deber moral hacia los hombres, entendido como verdad arqueológica. Así, todos los principales objetos con los que se cruzaría en su agitada vida serían el Arca de la Alianza, primero, y el Santo Cáliz, después, y en su búsqueda tendría que luchar, de forma encarnizada y decisiva, con sus enemigos alemanes. "Nazis", susurra en un plano de La última cruzada, "cómo los odio".

Spielberg ofrece un héroe al pueblo de Israel, pero también a la memoria múltiple; coincide este estreno con las propuestas arias del Gobierno italiano, y nosotros entramos en el cine.

PLAZA NUEVA

Luis Carlos Peris
lcperis@diariodesevilla.es

El Rocío ya ha tocado techo

CARECEMOS de la perspectiva que da el paso del tiempo, pero nos atreveríamos a asegurar que el Rocío ha tocado techo y que sus mejores días pasaron ya. No sé si esos días de aldea colmada de gente y de vida, con los caminos atiborrados de personas, animales y vehículos y con las carreteras atascadas por esos malajes que prefieren el asfalto a las arenas, digo que no sé si volverán alguna vez. Eso es algo que ni el augur más prestigioso podrá descifrar, pero me da que los gustos de las nuevas generaciones no están por la labor. Parece que la gente nueva tiene otras distracciones, pues lo mismo que he columbrado en las últimas romerías me ha parecido ver estos últimos años en la Semana Santa, como si aquella malhadada Madrugá del año 2000 hubiese sido decisivo punto de inflexión para alejar a gente de la gran celebración de la Pasión de Cristo.

Nunca le aprecié rigurosidad alguna a aquello del millón de personas en el Rocío. Ni por dimensiones ni por densidad creí jamás que allí pudiera, por ejemplo, casi duplicarse la población de Sevilla. Eran tiempos en que la romería ejercía una atracción extraordinaria en una sociedad que iba progresando hasta disfrutar de una clase media como jamás se hubiera podido esperar. Una inmensa clase media alta que tenía a bien lucirse en la gran romería de Andalucía la Baja y que tenía su metástasis en el resto del país, con los madrileños a la cabeza, muy por encima de todos los demás. Madrileños hasta en la Candelaria, que se venían a unas casas alquiladas a unos precios desorbitados por una demanda que superaba espectacularmente a la oferta que hacían sus propietarios. Y es que el Rocío le daba al almonteño como para vivir todo el año y muy bien, por cierto.

No es que haya decrecido la fe rociera, pero sí que la juventud halló otras espitas más baratas y cómodas para la diversión

Se acabó ese tiempo de bonanza, que lo han visto estos ojitos que ha de comerse la tierra. Se acabó atar los perros con longanizas en el porche de esa casa que se cobra a precio de palacio y ya apenas tiene razón de ser algo de lo que entonces pasaba. Se buscan claves y aparece en primer lugar la económica por esta crisis que estamos empezando a sufrir y que sabemos cómo ha empezado pero que ni queremos pensar cómo va a terminar. No sé, pero crisis hemos visto muchas y también se vio a gente empeñando los colchones para ir a donde les apetecía. Y he ahí, creo, la cuestión, que el Rocío no tiene el tirón de antes entre la gente nueva. No es que no se renueve la fe rociera, que en eso no hay por qué no creer, pero esto no es suficiente como para que nuevamente se esgrima lo del millón de romeros. Debe ser que las nuevas generaciones han encontrado otras espitas de diversión y libertad más cómodas y, por supuesto, más baratas que una casa en el Rocío y lo que ello conlleva.